

Clara Pasternak

El viaje de la botella

Había una vez una botella de vino. O, mejor dicho, una botella de vidrio con una etiqueta de vino, pues hacía mucho que había perdido su preciado líquido rojo. Ahora flotaba a la deriva en el vasto océano, desorientada, empujada por las corrientes sin un rumbo fijo. ¿Cuántos días habían pasado desde que alguien la arrojó al mar, vacía y olvidada? Nadie lo sabía.

Durante un tiempo, la botella se dejó llevar, atrapada en un vaivén monótono, sintiéndose perdida. Pero entonces, en medio de su errante travesía, ocurrió algo inesperado: se enamoró. Allí, en la inmensidad del mar, encontró a su media cantimplora—una hermosa botella de plástico.

No tener un barco las hacía estar en el mismo barco: vagar sin destino por las aguas. Juntas, flotaron a través del océano, enfrentando tormentas y sorteando obstáculos que habrían derrotado hasta al más intrépido de los peces. Pero ellas tenían algo más fuerte que cualquier resistencia física: el amor.

El tiempo dejó de importar. Lo que para otros serían meses, para ellas fueron solo instantes felices. Finalmente, llegaron a la costa, donde sellaron su unión en un matrimonio simbólico, con la arena como testigo y las olas como coro nupcial.

Sin embargo, un enemigo más cruel que las tempestades acechaba en silencio: el tiempo. Mientras los días y los años transcurrían, la botella de plástico comenzó a desintegrarse lentamente. La botella de vidrio, inmortal en comparación, solo podía observar impotente cómo su amor se desvanecía. Hasta que, un fatídico día, la marea se llevó lo que quedaba de su amada.

Entonces, sola en la playa, la botella de vidrio entendió por qué los humanos bebían el vino que alguna vez hubo en su interior. En su impotencia, deseó poder hacer lo mismo: ahogar sus penas en alcohol y olvidar que estaba destinada a perdurar siglos sin su amor.